

Artifika

REVISTA MEXICANA DE HISTORIA, ARTE Y LITERATURA



Año 1

Nº2

Mayo-Agosto 2012



EL IMAGINARIO DE LO PREHISPÁNICO: EL ORIGEN DE LAS FALSIFICACIONES DE TLATELOLCO

Daniel Schávelzon¹

El tema de las falsificaciones de objetos arqueológicos en México tiene una larga historia y mucho se ha publicado, pero poco se ha aclarado. Un avance fue cuando se pudo comenzar a entender el fenómeno ya no solamente como un tema policial, de engaño con espíritu de ganar dinero, si no como un tema cultural mucho más complejo. Y quizás el mejor caso de estudio sean las llamadas *Cerámicas de Tlatelolco*, piezas que en el siglo XIX inundaron los museos y generaron discusiones interminables en tiempos en que se hacía arqueología desde un escritorio, no en el campo. La discusión más reciente fue cuando las adscribimos al siglo XVIII y no al XIX como se había establecido (Schávelzon, 2009). Hoy, tantos años más tarde de que fueran realizados, ya son objetos que forman parte de la historia del arte mexicano.

Cuando Felipe Solís publicó en 1996 su estudio de las cerámicas, que aun estaban guardadas en el Museo Nacional de Antropología, parecía que el tema estaba saldado (Solís, 1996:54-55) y con ello parecía cerrarse un viejo debate sobre un conjunto cerámico que había engañado a demasiadas personas por mucho tiempo (Fig.1). Hoy, por suerte, podemos agregar a eso algunas nuevas ideas: 1) eran copias de productos europeos de su tiempo, 2) la difusión que tuvieron estas cerámicas fue muy grande debido no tan sólo a su calidad si no a que representaban lo que el imaginario necesitaba sobre la cultura prehispánica y 3) no necesariamente se iniciaron como falsificaciones; creo que no tuvieron por intención engañar a nadie ni eran un producto generado por el mercado de antigüedades. De ahí su gran éxito.

En 1861 se escribió en México el primer libro de historia del arte de toda América Latina. En él hay un diálogo más que delicioso haya sido verdad o ficción, su autor José Bernardo Couto denunció la existencia de “supercherías” –tal fue el término que usó–, y aunque fuese en la pintura colonial al menos abría el tema de lo verdadero y lo que no lo era. No se tardó mucho en comenzar a distinguir también lo falso de lo auténtico en los objetos prehispánico; Positivis-

Director del Centro de Arqueología Urbana. Instituto de Arte Americano "Mario J. Buschiazzo". Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismos, UBA. Buenos Aires, Argentina. Director del Área de Arqueología Urbana, Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.



mo Científico por medio, profesionalización de arqueología y trabajo de campo en lugar de discutir tras los escritorios, fueron motivos que hicieron que mucha tinta corriera sobre el tema antes de 1900. Lo que siempre resultaba un atolladero era el ver que había objetos que no se hacían solamente por mero afán monetario (Couto, 1979:31), que los motivos eran múltiples y que a veces era imposible saber con certeza si eran o no copias ya que entraban perfectamente en los parámetros con que era entendido el mundo prehispánico (Schávelzon, *Óp.cit.*). Obviamente no hablamos de cerámicas burdas si no de las que engañaban hasta al mejor especialista, al final de cuentas en las portadas que hizo el Conde Waldeck para el Museo Nacional, las había, y eso era muy temprano en el siglo XIX y sin duda no existía aun un mercado de antigüedades establecido aunque sí había piezas circulando desde años antes que no eran auténticas que le llegaron a Dupaix y Castañeda. Eso nos lleva a la pregunta ¿eran engañados o es que no se podía hacer esa división tajante entre cerámica prehispánica y falsa? Hoy la respuesta puede ser obvia porque la continuidad cultural es un tema conocido y entendemos la complejidad del proceso de la conquista y la colonia, pero en 1900 ni siquiera se imaginaban estos problemas intelectuales (Benson y Boone, 1982), respecto a que los grupos indígenas siguieron produ-



Fig.1. Vasija de Tlatelolco en el Museo Nacional de Antropología. Tomado de Arqueología Mexicana, N° 21, 1996

ciendo objetos por mucho tiempo y lo siguen haciendo. Y eso llevó a escándalos como la exhibición de ladrillos estampados en la Exposición Colombiana en España en 1892 por parte del Estado Mexicano y a tantas situaciones difíciles de resolver. Incluyendo colecciones con objetos falsos entremezclados que, por el peso que tiene la antigüedad en que fueron adquiridas -a veces se remontan a 1860- confundieron y siguen confundiendo a los especialistas (Paso y Troncoso, 1892; Chavero y Baranda, 1892). Ya se han denunciado incensarios de Oaxaca obviamente falsos y que fueron tomados como verdaderos



hace sólo un par de años y hasta servían para autenticar otros, y máscaras de piedra mexicana que, o son todas buenas o todas falsas (Mogne, 1987).

Las cerámicas de Tlatelolco

En el barrio de Tlatelolco hubo desde tiempos prehispánicos artesanos ceramistas. No sabemos si el impacto de la Conquista y la destrucción de la ciudad los exterminó o si siguieron trabajando, pero eso parece lo más probable. Esa cerámica fue, lentamente, adaptándose a modelos europeos, cambiando, agregando y quitando en función del mercado local o regional; no creemos que intentaban engañar, simplemente hacían lo que creían correcto, con su estética y que era al gusto de la época. En algún momento del siglo XVIII comenzaron a hacerse unas vasijas de cerámica negra y naranja que se caracterizaban por incluir fragmentos de objetos prehispánicos, en especial caras de figurillas rotas, a los que se les agregaba glifos en relieve, rostros modelados, serpientes, animales y hasta forma chinescas u orientales. En el siglo XIX, esta producción creció en forma geométrica se compró como prehispánica ya que qué otra iba a ser-, y entró por docenas al Museo Nacional, donde hubo piezas que representaban pagodas. Si fueron hechas con la intención de falsificar en época tan temprana son más que importantes, pues muestran la existen-

cia de estos productos en una época durante la cual no sabíamos que existían compradores en esas cantidades.

¿Había en ese momento tanta gente que quisiera comprar cerámicas antiguas? No, sin duda no lo había, más allá de algún curioso anticuario y un par de viajeros al año. Pese a eso las portadas de muchos libros las incluyeron en elegantes láminas tratando de mostrar el patrimonio del Museo Nacional; Antonio García Cubas introdujo varias en su obra monumental de 1885 (García Cubas, 1885. Véase la "Carta histórica y arqueológica"), José Francisco Ramírez (1955-56) y Alfredo Chavero (Chavero, 1981) hicieron lo mismo mostrando un despliegue de piezas del Museo, una de las cuales es una pipa y otra una absurda regadera con flores, en algunas láminas aparece junto a un silbato también absurdo (Fig.2). Fueron a todas las colecciones del país y aun permanecen en varias de ellas, públicas y privadas. ¿Por qué esas cerámicas y no tantas otras falsificaciones engañaron tan bien pese a ser extremadamente contrahechas a todo lo prehispánico? Como falsificaciones son pésimas, no se asemejan a nada, la única explicación que tenemos es que *era exactamente lo que se esperaba que fuera la cerámica prehispánica* para la sociedad de su tiempo que comenzaba a apreciarla en el espíritu de su tiempo: barroca, sofisticada, compleja, apabullante, con muchos símbolos incomprensibles. Esas cerámicas hablan más del gusto y las



Fig. 2. Peculiar regadera para flores hecha en Tlatelolco, ilustrada por Antonio García Cubas en 1885 entre los mejores objetos del Museo Nacional

expectativas de los compradores que del de los fabricantes. Y por eso podemos hoy separar las más antiguas, abarrocadas, llenas de imaginación, de las tardías que simplemente imitan objetos mexicas, figuras mayoides o incluso maceteros españoles. Unas fueron creaciones, las otras simples copias. Y en el caso de Chavero es obvio que sus dibujantes eran pésimos, salvo en las láminas de color, pero hay cosas que van más allá de la imaginación como una vasija de Teotihuacan que es de las de Tlatelolco (*Ibíd.*: 271), y otra que es una posible vasija romana o fenicia sobre un pedestal del “estilo tlatelolquense”. Incluso esa estilizada vasija fue sacada del mar tras muchos si-

glos al juzgar por las incrustaciones que tiene en su superficie (*Ibíd.*: 116).

Las cosas cambiaron en la segunda mitad del siglo XIX y por eso se asocia a veces su inicio a la llegada de la Comisión Francesa, que viajó en 1861 y con la que nació la arqueología como ciencia (Schávelzon, 1994 y 2003). Se creyó que ese flujo de interesados aumentó la demanda, no había otra explicación si creemos ciegamente que los productos culturales son resultado de las demandas del mercado; pero la Misión duró tan poco que no cambiaba un lento proceso de la fabricación cerámica proveniente desde otra ciudad. En un libro de 1909 sobre falsificaciones hecho por Leopoldo Batres, que luego analizamos,



se fecha también esas cerámicas en el siglo XVIII y la mayor parte de las que ilustra son de la colección del Museo Nacional. Así fue común verlas en libros medio siglo más tarde y Désiré Charnay lo aseveraba en 1887² (Charnay, 1887) (Fig.3). En su correspondencia con Holmes sobre el tema el coleccionista Enri Boban admitió que fue engañado muchas veces, señalaba a un señor Bobadilla como el artífice mayor de esa cerámica (MacLaren Walsh, 2006: 20-25; 2005:1-18 y 1997). La realidad es que desde el Trocadero hasta el Smithsonian fueron engañados y nada circuló más que esas vasijas inocentes pero cargadas de connotaciones de su tiempo. Ponían en evidencia, en el nacimiento de la arqueología científica, que no se podía creer en nada que no fuera lo que uno mismo excavara, lo que no era poca cosa.

Por suerte aún se conservan varias de estas piezas en la bodega del Museo Nacional de Antropología porque permiten reflexionar sobre cómo era concebido el mundo prehispánico en el siglo XVIII e inicio del XIX y como lo siguió siendo por mucho tiempo más.

El descubrimiento

La respuesta desde el campo científico internacional a la presencia masiva de lo falso

2.Carlos Pereyra publicó una enorme pieza como "Jarra de Teotihuacan", en *Historia de la América Española*, Madrid, Editorial Calleja, 1936.



Fig. 3. Posible botija romana sobre una base de Tlatelolco, publicada por Chavero a fines del siglo XIX.

produjo una reacción bastante rápida. Todo comenzó con el casamiento de William Holmes, un joven geólogo, naturalista y eximio dibujante, que decidió viajar a México de luna de miel en 1884. Allí, en el tiempo que le sobraba, hizo importantes observaciones arqueológicas –entre ellas inició la estratigrafía en América– y visitó muchas veces el Museo Nacional (Holmes, 1885:170-172; 1889 y 1916:287 y 288). De inmediato notó que había diferencias entre los fragmentos de cerámica que encontraba al excavar y lo que veía en las vitrinas: cerámicas negras de Tlatelolco con



relieves impactantes; esculturas en mármol, complejas ornamentaciones e influencias chinas y egipcias; objetos de diverso tipo que de modo evidente estaban inspirados en el arte europeo o asiático (Fig.4). Esto lo llevó a publicar un primer estudio titulado *A trade in spurious mexican antiquities* (1885), que abrió realmente el tema, con especial énfasis en lo proveniente de Teotihuacan. Más tarde haría una contribución sustancial titulada *On some spurious mexican antiquities and their relation to ancient art* (1889), en la que por primera vez se ofrecía un inventario de objetos falsos y rastreaba su origen. Completó su obra con notas sobre el mismo tipo de objetos en Guatemala (*ídem*).



Fig.4. Vasija de cerámica roja de Tlatelolco con medallones y caras en el cuerpo, luego rota y pegada para aparentar antigüedad (*Arqueología Mexicana* no. 21, 1996).

En 1886 un artículo publicado en la revista *Science* denunció, a página completa, un fraude proveniente de México: una monumental pieza cerámica del Museum of American Indian que estaba en exhibición, algo excepcional por su metro de altura, con molduras y detalles inusitados y perfectos (Gratapac, 1886:403-404). Al verla hoy nos parece absurdo que alguien haya pensado que eso podría ser prehispánico: tenía base de tambor chino, cuatro patas que sostenían una vasija globular; en la tapa una docena de máscaras y una exótica manija transversal superior. Pero es evidente que muchos creyeron en su autenticidad porque fue comprada por una institución seria y la única forma de evitarlo fue denunciándolo en público; el autor del texto tuvo que analizar cada detalle para demostrarlo cosa que hoy nos parece sin sentido ya que la pieza no resiste el menor examen. Pero además de entender que nuestra mirada sobre los objetos del pasado cambia a lo largo del tiempo, la pregunta es: ¿de qué se trataba? ¿Por qué engañaban estas piezas una y otra vez? No eran urnas zapotecas de las que mezcladas y bien hechas podían pasar, era algo absolutamente diferente a todo. En 1893 un periódico anunciaba que el Museo Nacional había retirado “una multitud de ídolos y objetos de barro que se exhibían” por ser considerados falsos (Lombardo de Ruiz, 1994:260), mostrando que el asunto era muy serio.



En 1909 Leopoldo Batres editó un libro sobre las falsificaciones hecho seguramente para vengarse de sus enemigos, mostrando que habían sido todos engañados, que él era el único que sabía identificar lo bueno y de esa manera consolidar su poder en la estructura Porfirista (1909: 23 y 24). Pero el libro le vino muy bien a la ciencia y al patrimonio ya que la lucha de Batres era básicamente la de obligar a los arqueólogos extranjeros a pedir autorizaciones para trabajar; aunque él lo hiciera muy mal y sus amigos peor, e incluso lo usaron para avalar ventas como las colecciones de Rickards y de Sologuren, con falsificaciones que terminaron en el Museo Nacional o sirvió para autenticar cosas para sacarlas del país finalmente (Sellen, 2000 y 2005).

En ese libro, en realidad un folleto grande, llamado *Antigüedades mejicanas (sic) falsificadas: falsificación y falsificadores* (1909), Batres incluyó una introducción y una cantidad de fotografías de una larga serie de objetos y los moldes de los que provenían. Eran piezas de cerámica, obsidiana y todo tipo de metales. Hoy constituye una joya bibliográfica a pesar de que no aparecen nombres propios y se usan rodeos tales como “un conocido arqueólogo de una universidad de Washington” para citar a Holmes (*Ibid.*:12.). Presenta una historia que se inicia con los objetos llevados por el cónsul Hamy a Francia y sigue con lo que se le qui-

so vender a la Misión Francesa, entre ellos los de Tlatelolco los que se hicieron con la técnica de hacer una vasija y pegarle objetos antiguos que se desprendían apenas eran tocados (Figs.5 y 6). Otro aporte de su autor fue identificar los lugares de procedencia de las falsificaciones, en especial Oaxaca, Tlatelolco y Teotihuacán, el mostrar moldes y hornos, materiales y técnicas. Pero Batres notaba que no todo era igual: existían los que intentaban engañar y quienes hacían verdadera artesanía, a los que él llamaba “imitadores” sin darle valor alguno. Según él, esto existía desde el siglo XVI cuando los conquistadores quisieron objetos para llevar a España y Europa como recuerdos, lo que dio origen a la producción de Tlatelolco que según él continuó hasta cerca de 1860. Demás está decir que esta explicación no tiene sentido alguno. Lo que tampoco vio es que entre el artesano y el coleccionista había surgido una nueva figura, el intermediario (el “coyote”), que era quien ganaba dinero. Los personajes involucrados en este intercambio eran variados y por supuesto muy poco sabemos de ellos. Para finales del siglo XIX había quienes recorrían los sitios de producción y luego vendían a los coleccionistas en un mercado informal personalizado. De quienes sí sabemos algo es de algunos grandes coleccionistas que adquirieron esas piezas para luego venderlas a los museos de Estados Unidos y Europa, lo que dejó sus nombres registrados en el papel.



Fig.5. Botijo español del siglo XVI en el Museo de América, Madrid
Tomado de Coddling 2006:121.

Algunos lo hicieron sin saber lo que hacían; otros eran conscientes de que sus objetos no eran verdaderos y los mezclaban con los que sí lo eran haciendo casi imposible identificarlos ya que había obras falsas basadas en verdaderas. En este caso recordemos a Ernest Hamy, una de las mayores personalidades del siglo XIX en Europa: un médico que se interesó en la antropología física y fundó la Sociedad de Antropología en 1852. Años más tarde se dedicaría a organizar museos, exposiciones y colecciones, enviando misiones a los *países coloniales*, en una actitud hoy deplorable pero muy digno de su tiempo: estudiar a aquellos considerados inferiores. Su máxima creación fue el Museo del Trocadero, desde donde emanó

gran parte del Americanismo europeo. Él mismo y sus alumnos hacían viajes constantes para adquirir, con grandes presupuestos, objetos arqueológicos y etnográficos. Su obra publicada es monumental y era un intelectual cuya integridad estaba fuera de duda, pero eso no implicó que fuera engañado una y otra vez por falta de conocimientos, por ingenuidad o por la sagacidad de quienes él consideraba inferiores. A ese museo llegaron docenas de objetos desde toda América que era falsos y cuya identificación llevó un siglo. La política de adquisición en lugar de la excavación se ponía en crisis. Un ejemplo de esto fue la exposición en el Trocadero en 1878 en donde se expuso un vaso de Texcoco en el que nada faltaba: había sido decorado con un Olimpo de indígenas sin olvidar el gran sacerdote sentado, el mono caminando y a Júpiter con su mitología. “Este vaso tiene toda una historia que enseña una vez más cuán verdadero es el axioma latino: *Errare humanum est*” (Batres, *Op. Cit.*:5). Los arqueólogos que quedaban atrapados en medio de este *maremágnum* del que resultaba casi imposible salir, comenzaron a entender que la única verdad era la que podían ver con sus propios ojos; la arqueología de escritorio estaba siendo reemplazada por la de campo, basada en nuevas formas de pensar y en metodologías diferentes a las anticuaristas anteriores.



Fig. 6. Ánfora española de gran tamaño del siglo XVII en el Museo de América, Madrid. Tomado de Codding 2006:118.

¿Los últimos en publicarlas?

Los libros como el de Chavero siguieron editándose una y otra vez al infinito y reproduciendo estas cerámicas, pero cualquiera entiende que son libros históricos en sí mismos que por diversos motivos siguieron en uso. Creo que el último –aunque nunca existe el último– de los libros importantes que cayó en la trampa de la cerámica de Tlatelolco fue el de Carlos Pereyra. En su monumental *Historia de la América Española*, de ocho grandes volúmenes que hicieron escuela en su tiempo, publicada en 1925 en

España, en su tomo 3 dedicado a la arqueología mexicana, incluyó una ilustración de página entera de una “Jarra de Teotihuacan” a la que no le faltaba el rostro de boca abierta, las serpientes como agarraderas y las figurillas pegadas (1925). Quizás no casualmente sea la misma que había publicado Chavero y alguien a quien no hemos logrado identificar hizo un nuevo grabado. No hemos encontrado ilustraciones más modernas aunque debe de haberlas, pero sí siguen en diversas colecciones y posiblemente sea así por mucho tiempo. Resulta interesante que haya una vasija casi idéntica a la de Chavero-Pereyra conservada en el Museo Nacional (Fig.7).

Carlos Pereyra (1871-1942), aunque su nombre no suene ya en la arqueología fue un prolífico historiador mexicano hijo del Porfiriato, que se enfrentó a los gobiernos de la Revolución por lo que se radicó en España produciendo docenas de libros sobre historia de México y América Latina. Llegó a ocupar un sitial en la Academia Mexicana de la Historia, es por eso que nos llama la atención el ilustrar el arte prehispánico de su propio país con una pieza falsa, en ese momento tan tardío, lo que es más que desconocimiento (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942). Pese a eso las seguimos viendo en colecciones que aunque sean falsas en su mayor parte, como la de los monstruos prehistóricos de Julsrud en Chupícuaro y que se formó en pleno siglo XX, resulta interesante que hayan lo-



Fig. 6. Vasija falsa hecha en Tlatelolco figurando como de Teotihuacan en los libros de Chavero y Pe-reyra, a lo largo de dos siglos, nótese la similitud con la primera pieza ilustrada.

grado penetrar hasta allí y permanecer ex-hibidas las vasijas de Tlatelolco.

Finalmente, creemos que los artesanos de Tlatelolco lograron hacer las piezas “prehispánicas” que los coleccionistas y muesos querían, eran su ideal, lo que ellos imaginaban que debía ser. Realmente los anónimos artistas lograron su objetivo con creces. Con esas vasijas sucedía lo mismo que con las reliquias de los santos en el medioevo europeo, en que todos sabían que eran mentiras pero igualmente se seguía con su adoración (Geary, 1991). ¿Acaso España sigue sin poder aceptar que su Da-ma de Elche sea seguramente falsa? (Moffit, 1995). Obviamente lo que está en

juego no es un simple problema técnico, es una visión del arte del pasado y finalmente de la importancia de esa historia en un momento coyuntural en la construcción de la nacionali-dad.

Bibliografía

- Batres, Leopoldo
1909 *Antigüedades mexicanas falsificadas*, México, Soria Impresor.
- Benson, Elizabeth y E. Boone (ed.)
1982 *Falsifications and misreconstructions on Precolumbian art*, Washington, Dumbarton Oaks.
- Charnay, Desire
1887 *The ancient cities of the New World*, Harper Bros., Nueva York.



- Chavero, Alfredo
1981 *México a través de los siglos*, vol. I, 17ª. Edición, Editorial Cumbre, México.
- Chavero, Alfredo y Joaquín Baranda
1892 *n: Antigüedades mexicanas*, Junta Colombina, a de Fomento. México.
- Codding, Mitchell M.
2006 "The decorative artes in Latin America" en *The Arts in Latin America 1492-1820*, Yale University Press, New Haven. pp. 98-143.
- Consejo Superior de Investigaciones Científicas
1942 "Carlos Pereyra: Necrológica", en *Memoria de la Secretaría General*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 61-62.
- Couto, José Bernardo
1979 *Diálogo sobre historia de la pintura en México*, Fondo de Cultura Económica. México.
- García Cubas, Antonio
1885 *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, Debray y Sucesores. México.
- Geary, Patrick
1991 "Mercancías sagradas: la circulación de las reliquias", en *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías*, México, Grijalbo.
- Gratapac, L. T.
1887 "An archaeological fraud", en *Science*, noviembre 1886, Washington, pp. 403- 404.
- Holmes, William
1885 "A trade in spurious mexican antiquities", en *Science*, vol. VII, Washington, pp. 170-172.
- 1889 "On some spurious mexican antiquities and their relation to ancient art", en *Smithsonian Institution Papers Relating Anthropology*, Washington.
- 1916 "Examples of spurious antiquities", en *Art and Archaeology*, vol. III, pp. 287 y 288.
- Lombardo de Ruiz, Sonia
1994 *El pasado prehispánico en la cultura nacional, memoria hemerográfica 1877-1911*, vol. I, Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- MacLaren Walsh, Jane
1997 "Crystal skulls and other problems", en *Exhibiting dilemmas: issues of representations at the Smithsonian Institution*, A. Henderson y A. L. Kaepler (ed.), Smithsonian Institution Press, Washington.
- 2005 "What is real? A new look at pre-Columbian Mesoamerican collections", *Anthronotes*, vol. 26, núm. 1, pp. 1-18.
- 2006 "Falsificando la historia: los falsos objetos prehispánicos", *Arqueología Mexicana*, N° 82, Editorial Raíces. México. pp. 20-25
- Moffit, John F.
1995 *El caso de la Dama de Elche, crónica de una leyenda*, Barcelona, Ediciones Destino.
- Mogne, Pascal
1987 "Les urnes funeraries zapotèques; collectionnisme et contrefaçon", en *Journal de la Société des Américanistes*, núm. 73, Société des Américanistes. Paris. Pp. 7-50.
- Paso y Troncoso, Francisco del
1892 *Exposición histórica-americana, catálogo de la sección de México*, 2 vols., Impresores de la Real Casa. MAD



Pereyra, Carlos
1925 *Historia de la América Española*, Editorial Saturnino Calleja, Madrid.

Ramírez, José F.
1955-56 "Antigüedades mexicanas conservadas en el Museo Nacional de México", en *México y sus alrededores*, Decaen Editor. México.



Schávelzon, Daniel
1994 "La arqueología del imperialismo: la invasión francesa a México (1864-1867)", en *Mesoamérica*, vol. 28, South Woodstock, pp. 321-335.

2003 "La Comisión Científica Francesa a México (1864-1867) y el inicio de la arqueología en América", en *Pacarina*, vol. 3, Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, Argentina. pp. 313-322.

2009 *Arte y falsificación en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina.

Sellen, Adam
2000 "Breve historia sobre la colección Rickards en el Museo Real de Ontario", en *Estudios Mesoamericanos*, núm. 1, México.

2005 "La colección del Dr. Fernando Solórzano", en *Acervos*, no. 29 Órgano informativo de la Asociación Civil Amigos de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca. Oaxaca, México. Pp.4-15.

Solís, Felipe
1996 "Vasijas y figuras de barro hechas en Tlatelolco en el siglo XIX", *Arqueología Mexicana* N° 21, Editorial Raíces. México. pp. 54 y 55.